

beza del visir. El muftí evitó el golpe haciendo presente al soberano que no debia rebajarse hasta el vil oficio de verdugo.

El favorito halló al retirarse entre las dos puertas los mudos que le cortaron la cabeza, y la pusieron en una palangana de plata á la puerta del serrallo con este cartel: « ¡ Así perecen los traidores que venden al padischah! »

XIII

Mehemet-Raghib-Bajá (ó Mehemet *el estudioso*) fué llamado á sustituir al gran visir, no por mero capricho, sino por designacion de la opinion pública. Paje del serrallo á los diez años de edad, atento á las lecciones de maestros hábiles, hablando todas las lenguas de Europa y de Asia, poeta y escritor consumado para su época, llamado por sus rivales *el estudioso* por excelencia, secretario de muchos congresos, entendido en los negocios, valiente en la guerra, elevado de grado en grado hasta el borrascoso gobierno del Cairo, en donde su política y su energía habian alternativamente calmado ó abatido á los ma-

melucos circasianos, azote del Nilo, religioso y fiel, como la conciencia para con el sultan, Raghib-Bajá parecia un presente ofrecido por la Providencia á un reinado, que tenia un viejo niño por padischah.

Un presagio, que la supersticion podia interpretar como siniestro, entristeció los primeros dias de su ministerio. Uno de esos incendios que destruyen en pocas horas las ciudades de madera de los tártaros, ocurrió en Constantinopla en la primavera de 1756.

XIV

« El fuego se declaró al amanecer, » dicen los analistas de aquel año memorable, « en la parte baja de la ciudad, por frente del arrabal de Pera y de Galata, en una casa cerca de las murallas del serrallo y contiguo al depósito de los barcos del gran señor. El centinela colocado en la torre del palacio del genízaro-aga dió la señal del accidente tocando los tambores preparados para dar la alarma al pueblo. Los guardias de los cuarteles recorrieron en seguida las calles, golpeando el suelo con bastones herrados, y estos somatenes vivientes dieron el grito de *yanguen var* (¡ fuego! ¡ fuego!). Es menester haberlo visto para

formarse idea del trastorno y el terror que causa este acento siniestro cuando viene á interrumpir el silencio de la noche y el sueño de los mortales. El incendio hizo progresos, porque una ley de policía prohíbe trabajar para cortarlo ántes de que lleguen los genízaros, los bostandjis y sus oficiales; precaucion exigida por la perversidad humana que invita por todas partes á los bandidos á aprovecharse del desórden que producen los desastres públicos. Pero este es un remedio que no evita un mal sino á costa de otro mayor.

« En efecto, el naciente incendio, que no fué apagado en su origen, se convirtió en una inmensa hoguera. Un viento del Norte extendió el fuego á lo largo de los muros del serrallo, y llegó al palacio del gran visir. Todos los funcionarios elevados se hallaban por deber en medio de los trabajadores. El sultan acudió tambien, por ser una obligacion de que no se dispensa mas que cuando teme, en épocas de revueltas, por su propia seguridad. Pero ni su presencia ni su voz ni sus promesas pudieron limitar la desgracia. La enorme masa de Santa Sofia parecia deber presentar un dique al torrente devorador. El plomo que cubre la cúpula de esta montaña de piedra se derritió, el líquido abrasador cayó sobre la guardia y los trabajadores y el terror dejó desierto el edificio y sus cercanías.

« Todos los esfuerzos se limitaron pues á circunscribir el fuego en un recinto de ruinas, que el hacha habia amontonado. El desastre iba por fin á tener límites conocidos; pero de repente cambió el aire y cogió de través la línea de fuego sobre un frente de mil doscientas toesas. Trece rios de lava se formaron, se reunieron é inundaron el centro mismo de la ciudad, convirtiéndola en un océano de fuego. Los esfuerzos que se hacian por extinguirlo eran por lo ménos inútiles. Fórmese idea de un cuerpo de genízaros, víctimas de su abnegacion, envueltos por dos corrientes de llamas, miéntras que derribaban las casas situadas á la cabeza de una de estas corrientes abrasadoras, de los gritos de estos desgraciados que caian en las bocas de esos volcanes; gritos que sofocaban los de las mujeres, niños y padres de familia que se veian arruinados en un momento; júzguese del fracaso de los edificios que se hundian, de las vigas abrasadas que desaparecian entre las olas de aquel mar ardiente, y para completar el grandioso horror del cuadro, imagínese un dia enrojecido por el incendio que alumbra con su siniestro resplandor, aquí la tierra con rios de fuego, y mas allá, formando un singular contraste, el mar tranquilo y los buques anclados en el puerto.

« Tal fué el terrible incendio que consumió en 1756

las dos terceras partes de la capital de los otomanos, ochenta mil casas, y entre ellas el almacén entero de las tiendas del ejército.

XV

La muerte de Othman III ocurrió poco después de este desastre. Niño hasta la muerte, se hizo llevar, ya espirante, á su kiosco de la puerta del serrallo, bañado por el mar, para recibir allí más de cerca el saludo de los cañones de la flota que volvía del Archipiélago. El estremecimiento que produjeron las salvas de sus buques al pasar por debajo de las ventanas del kiosco, acabaron de romper los hilos de su vida, y espiró entre el estruendo de la artillería y las aclamaciones que le deseaban la larga vida de sus padres.

Raghib-Bajá, amenazado de una desgracia por el inconstante capricho de su señor, fué á buscar á *la jaula de las aves* al príncipe Mustafá, suspendido tres años hacia entre el trono y el sepulcro. Llevaba á este príncipe la fortuna de su reinado con su persona, un grande y virtuoso ministro. Mustafá III, hijo primogénito de Achmet III, tenía cuarenta y un años,

una alma enervada por la dilatada y perenne ansiedad de su vida, una inteligencia incapaz de inspiraciones propias, pero accesible á las buenas impresiones de un hombre superior.

XVI

A los once días de la muerte de Othman, Mustafá III se ciñó el sable en la mezquita de Aiub con un aparato que recordó los tiempos heroicos de la monarquía. El pueblo y el ejército, cansados de los reinados precarios que acababan de sucederse, tenían tanta mayor confianza en el nuevo padischah, cuanto que la conservación de sus días durante la vida de los dos tios que lo habían precedido, les parecía una protección milagrosa de la Providencia.

El gran visir y el muflí precedían á caballo su magnífico cortejo. «Detrás de ellos,» dice el libro del ceremonial, «marchaban treinta y dos caballos de mano, ricamente enjaezados, pertenecientes al sultán, y de los cuales doce llevaban suspendidos de sus sillas escudos adornados con piedras preciosas. El sultán, rodeado por sus guardias de corps, los peiks

y los solaks, los primeros con cascos relucientes, los segundos con penachos de garza real, marchaba llevando á su estribo izquierdo al caballero mayor, al derecho al jefe de la servidumbre de palacio. El segundo caballero llevaba la rienda izquierda del caballo, y el porta estandarte sagrado del Profeta la rienda derecha. Alrededor del sultan iban otros siete señores del estribo imperial, á saber : los dos jefes de montería, los cuatro gentil-hombres mas antiguos y el copero mayor.

« En el momento en que el soberano se apeó, los once señores del estribo cedieron su puesto á los ocho señores del hombro, cuyo privilegio consiste en conducir al sultan cogiéndolo por el brazo. En esta ocasion, el aga de los genizaros lo ayudó con arreglo al ceremonial, á bajar del caballo, en tanto que el gran visir y el kishlar-aga lo sostenian por debajo del brazo. Detrás del sultan, dos pajes del servicio interior llevaban, sobre almohadones ricamente bordados, dos turbantes del soberano, símbolos de su dominacion sobre dos partes del mundo y sobre dos mares, y de su derecho de proteccion de las dos ciudades santas, la Meca y Medina.

« Para evitar al sultan la pena de saludar al pueblo, los portadores de turbantes tenian costumbre de inclinarlos constantemente á derecha y á izquierda.

Uno de los pajes de la cámara interior llevaba el taburete que sirve al gran señor para montar á caballo; otro la jarra para las abluciones. En todo el tránsito del sultan, el khazinedar iba arrojando dinero al pueblo. El cortejo avanzaba así entre dos filas de genizaros que Mustafá III saludó en persona, honor de que no participaban los paisanos. Las tropas lo saludaron inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo, lo cual queria decir, que á la primera señal de su señor la pondrian en el banco para que se la cortaran.

Al pasar el gran señor por delante de los cuarteles de los genizaros, se paró para recibir de manos del coronel del sexagésimo regimiento un vaso de sorbete que le devolvió despues lleno de monedas de oro. En memoria de aquel dia feliz, el coronel ofreció tres carneros en holocausto al Eterno. Siguiendo el trayecto, Mustafá III visitó el sepulcro del conquistador, próximo á la mezquita fundada por él, é hizo su oracion en la tumba de Aiub, porta-estandarte del Profeta. » Sus delicadas facciones, la palidez de su rostro, la melancolia impresa en su fisonomía, recordaban á los musulmanes, inspirándoles interés en su favor, la sombra lívida del serrallo, en donde habia aguardado la muerte ó el imperio.

XVII

Los primeros años del reinado de este príncipe correspondieron á sus esperanzas. Todos los actos del sultan fueron beneficios para sus pueblos, y proposiciones de paz á las potencias extranjeras. Baghib-Bajá lisonjeaba hábilmente su pretension de gobernar por sí mismo oscureciéndose escrupulosamente y poniendo al sultan en primer término.

El padischah ya disfrazado con humildes vestidos, ya á caballo con todo el esplendor del trono, recorría noche y día los cuarteles de la capital para observar si se cumplian las medidas de orden, religion y policía, emanadas de su divan.

XVIII

Queriendo el sultan distinguir á su ministro entre todos los demás, dió por esposa al gran visir Raghíb una de sus hermanas, la sultana Saliba.

La narracion de estas bodas pinta demasiado vivamente las costumbres otomanas para ser extraña á la historia. El libro de las bodas, abierto al sabio orientalista Hammer, describe en estos términos las de Raghíb :

« Los desposorios tuvieron lugar ante el muftí, en el palacio de la sultana, situado cerca del arrabal de Aiub. La sultana fué representada por el kislár-aga del serrallo, y Raghíb por el ministro del interior. Al día siguiente envió el gran visir á la desposada al kapidjilerbulukbaschi, ó jefe de los guardas de la puerta del serrallo, para tener noticias de su salud, y entregarla de su parte seis fuentes de plata con sus coverteras, una mesa del mismo metal, un tazón de dulces, otros treinta llenos de leche, y cincuenta de frutas. Quince días despues volvió en coche la sultana, sin pompa ni música (porque era viuda) al palacio del gran visir, acompañada de sus eunucos que llevaban sus turbantes ordinarios. A su llegada al portal del haren, Raghíb-Bajá cumplimentó á su augusta esposa, y volvió inmediatamente á la sala de audiencia.

« Despues de puesto el sol, el kislár-aga vino con arreglo á una costumbre antigua para conducir la sultana á los brazos de su esposo. La etiqueta de la córte exige, que la princesa reciba á este con cierto

orgullo y desden simulados y aun que rehuse el mirarlo. Despues que esta escena ha durado algun tiempo se levanta de repente, fingiendo un gran disgusto y se retira á sus apartamentos. Los eunucos se aprovechan de esta ocasion para quitar al novio sus pantuflas, que dejan en el umbral de la puerta.

« Esta ceremonia es considerada como de la mayor importancia porque indica que el desposado ha tomado posesion del haren, en el que solo el esposo tiene derecho de entrar. Los eunucos se retiran en seguida, y él entra en la habitacion de la princesa, que ocupa el sofá que es el asiento de honor. El desposado se arroja á sus piés, permanece arrodillado ante ella, con las manos cruzadas sobre el pecho, esperando con el mas profundo silencio que una palabra de la altiva beldad lo saque de aquella posicion. En fin ella le dice : ¡Tráeme agua ! Él le presenta el aguamanil de rodillas, pidiéndole por favor que se levante el velo, que tiene bordado de flores y resplandeciente pedrería. Los cabellos de la desposada que forman siete trenzas, están entrelazados con oro y perlas. Apenas gusta la sultana el agua, los esclavos traen dos platos; el uno con dos pichones asados, el otro con azúcar candé, y los ponen en mesas poco elevadas, colocadas en medio del apartamento. El esposo suplica á su mujer, en los términos mas ca-

riñosos, que se digne gustarlos; pero ella responde con altanería-y firmeza púdicas : « No quiero. »

« Lleno de desesperacion recurre á otros medios para aplacar á la altiva beldad. Llama á los eunucos que depositan á sus piés ricos presentes. La augusta esposa á la vista de estas magnificencias permite que la tome el brazo para conducirla á la mesa segun la etiqueta de la córte. El casado presenta á su esposa un pedazo de pichon asado, miéntras que ella le pone á él en la boca un poco de azúcar candé. Inmediatamente se levantan de la mesa, y la sultana vuelve á tomar asiento en el sofá. Los eunucos se retiran, y los desposados quedan solos una hora, la cual exige la etiqueta que se emplee en una conversacion muy ceremoniosa. En este momento sale el sultan del haren y pasa á la sala de audiencia, en donde recibe las felicitaciones de los visires y demas grandes dignatarios de la córte y del Estado; á su vuelta al haren lo felicitan tambien las sultanas. Durante la noche, la música, el baile y las sombras chinescas alternan para divertir á los convidados. »

XIX

Raghib, dedicado exclusivamente á la administracion de todo el imperio que prosperaba bajo sus leyes, presentaba en todo negocio al sultan, una exposicion ó proposicion escrita con la precision de un hombre de Estado. En las ocasiones solemnes, el gran visir, recordando su talento de poeta y de escritor, dirigia á su señor, en estilo florido, congratulaciones y votos, que conservan aun los archivos otomanos. El principio de cada estacion del año, el cambio de residencia de un palacio á otro, la inauguracion de un acueducto ó de una fuente, la construcción de un buque de guerra eran los asuntos principales de estos escritos, mas literarios que políticos. Hé aquí el que Raghib dirigió á su señor el primer dia de la primavera de 1737:

« Que el Dios Todopoderoso, aquel que ningun
« pensamiento puede concebir, por cuya voluntad
« comienza la primavera, aquel que cubre de nuevo
« follaje los jardines y los árboles libres ya de los hie-
« los del invierno, eleva hasta el mas alto grado de

« esplendor la frente resplandeciente y adornada de
« la diadema de su majestad imperial, que disipa
« las tinieblas como la llama, y que semejante
« al sol, cubre el imperio con su luminosa magnifi-
« cencia, dirige la marcha del mundo sobre el que
« ejerce su dominacion! ¡que este Dios asista á su
« majestad hasta la eternidad, y lo rodee con los
« rayos de su grandeza! ¡que conserve los dias de su
« majestad en el solsticio de un estío continuado,
« para que pueda velar por los intereses de sus súb-
« ditos y dirigir las fuerzas de su pueblo hácia el fin
« mas elevado! ¡que conserve vuestra augusta perso-
« na, que es su sombra sobre la tierra! ¡que sosten-
« ga por la continuacion del khalifato de vuestra ma-
« jestad las esperanzas del mundo! ¡que dé nuevo
« esplendor y nueva vida á las flores de la gloria y de
« la felicidad, á fin de que vuestro augusto reinado
« sea como los dias de la primavera y sobrepuje la
« fiesta del solsticio del verano en esplendor y ventu-
« ra! Así sea, en nombre del Profeta. »

Estos votos de Baghib se vieron cumplidos con la prosperidad creciente é inalterable de todo el imperio durante los dichosos años de este reinado, dividido entre Mustafá III y él, por el nacimiento de la segunda hija de Mustafá schah-sultana, y del mayor de sus hijos, el príncipe Selim. Las iluminaciones

con que se celebraron estos nacimientos, convirtieron á Constantinopla y sus colinas en un mar de fuego. Mustafá y su ministro los solemnizaron con monumentos de júbilo mas duraderos, con la libertad sin rescate de millares de cristianos cautivos.

El hado abrevió esta felicidad del imperio por la muerte del mas virtuoso y esclarecido de los hombres de Estado que hubiese presidido mucho tiempo habia los destinos de los otomanos. Raghíb murió á la edad de sesenta y cinco años, con todo el vigor de su carácter, llorado por su señor y alabado por el imperio. Sepultáronlo en sus obras, es decir, en el patio de la biblioteca imperial pública, fundada por este ministro estudioso, que habia adquirido los conocimientos y la sabiduría que queria poner al alcance de los otomanos. Habia hecho donativo de sus libros á esta biblioteca, y fundado cuarenta noviciados gratuitos para los jóvenes que se consagrasen á las letras. Una hermosa fuente vierte sus aguas sobre las baldosas del patio, á fin de que, dice la inscripcion dictada por él, *apaguen su sed los hombres ávidos de saber.*

Inscripciones piadosas, filosóficas y poéticas, grabadas en las paredes, llaman la atencion de los que penetran en su recinto. Raghíb descansa al lado de dos mujeres de su haren cerca de la fuente, cuyo

murmullo parece que aduerme á su fundador. Urnas de mármol, en las que vegetan plantas odoríferas, recuerdan á los hombres religiosos el perfume de sus virtudes.

Por un contraste singular y que parece justificar la Providencia, tan frecuentemente enigmática en sus decretos, miéntras que se sepultaba en sus obras al mas filósofo y religioso de los hombres de Estado del islamismo, el cuerpo de Nadir-Schah, asesinado por sus generales y dejado en el suelo como el cadáver de un animal inmundo, era recogido durante la noche por un esclavo, atravesado en un camello y conducido al Kurdistan, su patria. Pero la corrupcion de los restos del rey de Persia obligó al amigo fiel á sepultarlo furtivamente en un montecillo de arena, que arregló con sus manos para que no se descubriese este último asilo. De esta suerte el sepulcro del tirano de Persia quedaba envuelto en las tinieblas que rodearon su cuna.

XX

La administracion liberal de Raghíb habia aprovechado á las artes de la paz. M. de Hammer, el mas

competente de los historiadores de la literatura árabe y turca, enumera los místicos, filósofos, historiadores, legistas y poetas que atestiguan la civilización intelectual del imperio en aquella época.

Las obras más importantes relativas á la vida civil de los musulmanes son las colecciones de los fetwas y las fórmulas de los documentos judiciales que sirven de regla á los jueces, los *Inschas*, colecciones de modelos epistolares que guían á los secretarios del tesoro, de la cancillería de Estado y á los gobernadores de las provincias. También se debe mencionar la obra intitulada *Tesoro del arte epistolar*.

Al lado de estas obras figuran las traducciones de muchas obras filológicas árabes muy estimadas, entre otras las sesiones de Hariri y de Hamadani, la misiva intitulada la *Quietud del hombre obediente*, los *Epigramas de Obeid-Sakani*, el *Jardin del predicador*, los *Prolegómenos filológicos de Schamakhschari*; colección de chistes, cuentos y anécdotas; las obras intituladas *Fruto de conversaciones nocturnas para consejo de reyes*, *Rasgos de los hombres elocuentes*, el *Título de nobleza*, (superioridad del hombre sobre los animales); un compendio del célebre libro árabe: *Elogio de las humanidades ó Guia en el estudio de las humanidades*, y otro; *Consejo de los reyes*. Pero de todas las obras filológicas de este pe-

ríodo, el *Navío de las Ciencias* por Raghíb-Bajá, es sin contradicción uno de los más preciosos.

Los trabajos de los gramáticos se limitaron á la interpretación y explicación de las principales obras que tratan de la sintaxis árabe. La retórica y la gramática persas ocuparon á algunos autores. Escribióse un corto número de obras sobre la astronomía, la aritmética, la lógica y la medicina; traducciones y comentarios de los poetas místicos persas, Saib, Urff y Schewket.

Los libros de la *Unidad*, de los *Caballos*, de los *Acontecimientos*, del *Ruiseñor*, del *Escanciador*, de la *Misiva*, el *Libro de Oro*, y el *Libro Feliz* son poemas didácticos, así como la obra intitulada el *Libro del Consejo*, traducido cinco veces en aquella época. El poema intitulado la *Rosa Centisola* canta las tradiciones del Profeta, y el *Confidente de los Amantes* está consagrado á la narración de aventuras amorosas.

Algunas obras biográficas y topográficas parecieron también; entre otras las biografías de los poetas, muftís, visires, capitanes-bajás, calígrafos y cantores; las relaciones de los viajes de la caravana de los peregrinos, las descripciones de la Meca, de Medina, de Damasco, de Jerusalén y de Tebriz ó Táuris.

Las de algunos polígrafos fueron reunidas en una sola obra con el título de *Kulliat*, es decir, obras

completas: Citarémos aun las *Fuentes de las Ciencias* y un compendio de la historia literaria con este título: *Meditaciones filosóficas acerca de las diversas clases de los pueblos*, es decir, de los árabes, persas y turcos. Esta obra es tan preciosa para la historia literaria de estos pueblos como lo es para la bibliografía otomana el *Nuevo Monumento*. Ella contiene los títulos de quinientas obras escritas en aquel siglo. Este último trabajo bibliográfico de la literatura otomana se terminó en el año de la muerte del célebre gran visir Raghíb-Bajá. El mismo mereció el dictado que conserva entre los sabios de su patria de *sultan de los poetas*: además de sus obras históricas y diplomáticas dejó un *divan* ó coleccion de *ghazeles*, poesías filosóficas, y otra de poesías meditativas llamada el *Navío*, por alusion á las riquezas del alma contenidas en esta recopilacion. Los otomanos, dice el historiador turco Wassif, colocan á este grande hombre á la altura de Kiuperli como hombre de Estado, de Ibn-Ayas como historiador, de Hafiz como poeta, de Platon como filósofo.

Como hombre político presintió el primero que Federico II fundaba en el Norte de la Alemania con la nueva monarquía prusiana un contrapeso para el Austria, antigua y poderosa enemiga del imperio otomano. El Gran Federico, cuyo talento militar y

literario admiraba, y cuya alianza solicitaba, le parecía que iba á ser muy pronto mediador y árbitro entre los rusos, los austriacos y los otomanos. Este exacto pensamiento no pereció del todo con Raghíb, y hubiera sido la prenda de paz y la salvacion del imperio, si Federico II, émulo de Raghíb, como poeta y escritor, lo hubiese igualado en franqueza, en desinterés y en virtud. Pero el grande hombre de Prusia no era mas que un político, y el del imperio otomano era un hombre de bien.

Pronto veremos en el curso de esta historia como la codicia de despedazar la Polonia apartó á Federico y á su sucesor de la política leal y saludable que Raghíb asignaba en su pensamiento á este soberano.

XXI

Hamid-Hamza le sucedió en el gobierno del imperio. Era este hijo de Deweli-Hissar, mercader de un pueblecillo de Asia. Secretario íntimo de Raghíb por espacio de mucho tiempo, ministro de Relaciones Exteriores y encargado de los negocios, del imperio durante la larga enfermedad de este grande hom-